

dad. La señora de*** la vió echarse á sus piés hecha un mar de lágrimas; protestando que se abrian sus ojos al desengaño, y que tanto como la habia atraído el mundo, otro tanto le causaba horror. Pronto y merced á la meditacion, á la oracion, á la absolucion, al Pan eucarístico, aquella alma debilitada y no perdida renació y á la inocencia, no ciertamente la blanca inocencia del cordero, pero sí la inocencia tambien gloriosa de las lágrimas, del arrepentimiento, de la expiacion. Ahora, feliz en medio de su familia, mi convertida bendice á Dios, y es una ejemplar cristiana.”

—Mas, mi buen Padre, dije al abate Planson, ¿aquel dia dónde comísteis?

—No me acuerdo, respondió admirado; ¿qué importa esto? ¿por qué quereis saberlo?

Lo abracé, y arrodillándome le pedí la bendicion.

FIN.

EL VUELO DEL ALMA.

EL
VUELO DEL ALMA,

Por Luis Venillot.

TRADUCIDO

POR D. JOSÉ SARDÁ, ABOGADO.

MÉXICO.

Imprenta de J. R. Barbedillo y Compañía.
Escalerillas núm. 21.

1874.

EL VUELO DEL ALMA.

Ved, hermanos míos, el vuelo
de esta alma que ha herido el
amor de Dios.

(Bossuet).

—Desde que tengo una pluma, dijo Luis, me da la tentación de describir una bella mañana de otoño, en un bello jardín. Ningun espectáculo me ha proporcionado con mas frecuencia el dulce y cruel malestar que sienten igualmente aquel que pinta, aquel que canta, y aquel que relata, el cual ha de pintar y cantar á la vez. El alma está llena de armonías, de imágenes; el torrente quiere saltar; reina por do quier el silencio, se está libre de importunos, se ha hecho tambien oración á Dios, porque al fin se trata de tributarle honor, pues que su bondad y magnificencia aparecen en los cuadros que se trata de delinear. . . Pero el piano permanece mudo, el lápiz se cae de la mano, la tinta se seca en la ociosa pluma.

¿Por cuál lineamiento se empezará, y cuál retratará la mas mínima de las maravillas que acosan al pensamiento?

—¡Ay! dijo Andrés, el mismo Haydin, el cantor de la paz, no ha compuesto nada que respire enteramente esta armonía de la mañana de octubre; y cuando los pálidos rayos del sol dan el beso de despedida á las humedecidas flores y á las hojas enrojecidas. El himno está dentro de mi corazón, pero de él no saldrá jamás.

—El pincel, dijo Silvestre, recogerá el esplendor del sol de medio día, y robará la majestad de las sombras de la noche; hará respirar el olor de las praderas y de los bosques. Ví en Roma un maravilloso cuadro: el sol declina detrás de las montañas, y va á desaparecer; sus rayos rojizos cubren la llanura; los árboles cobijan bajo sus grandes sombras los rebaños echados; en el fondo, parece que arden en un torrente de luz magníficos edificios; en el primer término canta el pastor, la pastora hila, el niño juega con los corderos. Es todo Virgilio. Yo hubiera querido descubrir á lo lejos una ermita. Sin embargo, Dios llena ese lienzo. Cuando lo contemplaba se venia á mis labios el *Ave María*; apliqué el oído para percibir los dulces tañidos del *Angelus*. Conozco otras obras maestras igualmente portentosas. Salvator nos hace sentir el tesor de las torrenteras. Hobbema se apoderó de la gracia y frescura de los bosques. Soñé durante mucho tiempo,—y no he vuelto bien en mí todavía,—que habitaba cierta casa que dicho Flamenco me mostró, al extremo de un soto, y debajo de un grupo de corpulentos árboles. El sol, pasando

como por un tamiz por entre el follaje de las encinas, ilumina la puerta mohosa y hace relucir una vieja carabina que descansa cerca de un morral abultado; un hermoso rosal silvestre festonea la ventanilla entreabierta. ¡Oh ventanilla! Magdalena, la hija del guarda, la joven rubia, ha puesto en ella la jaula de su pájaro, y en una tabla saliente cultiva una tulipa capaz de dar celos al burgomaestre de Harlem. ¿Qué mas diré? El jardín es contiguo á la casa, y por encima del vallado florecen malvas reales. Para llegar á esta casa, amigo mio, se atraviesa un césped en el que toda madre quisiera ver jugar á sus niños; delante de la puerta un banco te convida á sentarte; en la meseta de la ventana cabrian tu libro, tu pipa, tu jarro de cerveza y tu vaso. ¿Quieres conversar? llama á Magdalena. ¿Quieres meditar? ¡qué silencio mas profundo! ¿Quieres cazar? ahí tienes la escopeta y los bosques... ¡Esos pintores de paisajes son terribles! Este me ha hecho aborrecer la sociedad. Por espacio de mas de un año he acariciado la idea de enterarme en este paraíso de Flandes. Habria pedido la mano de Magdalena, y habria permanecido allí toda mi vida, pensando quimeras. ¡Hé aquí lo que puede el pincel! El pintor es el mas irresistible de los poetas. Fuera de la naturaleza, él es quien mas cosas dice; él remueve todos los pensamientos que puede contener el alma. ¿Te hará ver nunca un músico la puesta del sol? ¿Llegará á alcanzarlo la pluma? Se necesitaria un tomo para describirme la casa de Hobbema y el mundo que ella hace surgir... Procura hacerme leer este tomo!

Pero si hablas de una mañana de otoño, hay ahí no sé qué que desafía al poderoso genio del pintor. La paleta está buscando todavía el secreto de aquella luz, de aquel cielo, de aquel rocío; no puede presentar el acuerdo indecible de aquellos tonos variados hasta lo infinito; tantas riquezas la abruma; es un pelon lugareño al lado de un rey de los cuentos de hadas. De ello me he lamentado llorando de admiración y despecho. Pienso de la misma manera que Andrés: la señora Naturaleza nos canta entónces una ária que podemos percibir bien, pero que no se acomoda á nuestra voz.

—Compadre Luis, dijo Eduardo, creedme, no nos atormentémos inútilmente. He frecuentado el otoño durante un mes, á orillas del Loire. Mi alma ha codiciado también aquel semblante triste y risueño; aquella voz inefable me ha repetido lo que habeis oido. He querido volver á decir alguna cosa, y solo he sabido soñar con las hojas que cubrian el camino, y hacer caer al suelo el rocío de las ramas que al pasar tocaba.

—Con todo, replicó Luis, sois vos, Eduardo, quien nos ha referido *la procesion* de Maziere (1). ¡Qué sentimiento mas vivo de la campiña se revela en esa relacion! ¡qué bellos rayos del sol! Preguntad á Silvestre, quien, no obstante su desden hácia la pintura hablada, os dirá que aquellos que no han comprendido esa deliciosa página serian capaces de no encontrar nada en un Claudio Lorrain.

—Y de no comprender nada en la sinfonía pastoral, añadió Andrés.

(1) Es una magnífica página de Eduardo Ourliac.

—¡Oh! replicó Eduardo, yo creo como Silvestre que el sol se deja coger; pero tocante á cantar el himno de las mañanas de otoño, digo con Andrés que aquí se estrellan los maestros. Hay en el aire cierta cosa que se siente hasta el fondo del corazón y que es inexplicable. Si se tratase únicamente de un espectáculo, podría se con un poco de cuidado bosquejar un cuadro de engaño. Bastaría una ligera tintura del patués de los talleres. El procedimiento haría desaparecer la dificultad de expresar el asunto en francés; ¿pero á quién impresionaria tal mamarracho? ¡Qué alma encontraría en él sus emociones, desvanecidas como perfumes desconocidos? Parece que una sola palabra de nuestra lengua expresa el tumulto *pacífico*. . . . sí, el tumulto *pacífico* de aquellos pensamientos dolorosos y queridos que hacen surgir las mañanas de otoño al tocar las secretas teclas del alma: es aquella profunda palabra que pronunciamos veinte veces al día, sin pensar en su extension infinita: ¡Adios! Toda la belleza de la naturaleza prevee que va á desaparecer, y nos canta su suave adios. Un cuadro que ha visto Silvestre, hacia asomar á sus labios el *Ave María*; yo, cuando veo al otoño llorar y reir, repito este verso de David: "Los días del hombre son como la yerba, su flor es como la de los campos; ha pasado un soplo y ha caido la flor, y la tierra que la ha traído no la conocerá jamás(1).

(1) *Homo sicut fœnum dies ejus, tanquam flos agri sic efflorescit, Quoniam spiritus pertransibit in illo, et non subsistet: et non cognoscet amplius locum suum.* (Salmo CII, vv. 14 y 15).

¿Pero de qué proviene que conociendo la verdad de estas palabras, podamos repetir las sin interior amargura y antes bien con cierta alegría de amor, de confianza y de esperanza? Nos resignamos con la misteriosa expectativa de un bien mas radiante, perceptible á los sentidos del alma, que nos tocará como recompensa del consentimiento que prestamos á la fugaz desaparicion de nuestros goces y de nuestros dias. He soñado muchas veces con este pensamiento inagotable: os confiaré la impresion que siempre me ha dejado; vosotros la explicaréis como mejor os plazca. Siempre me ha parecido que la naturaleza, en aquel estado de pacífica y grata tristeza, me convidaba al sacrificio, y que yo recibia este duro consejo con mejor voluntad que en cualquiera otra ocasion. Sí, la inclinacion de mi alma seria entónces realizar una grande accion, y realizarla grandemente, es decir secretamente, para Dios solo, bajo las miradas únicas de Dios.

—¡Precisamente! exclamó Luis. La historia que quiero referir, es la historia de un sacrificio. Empieza por una mañana de otoño, y siempre he creído que la circunstancia del otoño y de la mañana, no fué extraña á la inspirada resolucion que decidió súbitamente de dos ellos y amables destinos; pero temia que la relacion no tomase el color del romance, y este escrúpulo no me mortificaba menos que las espinas de la descripcion preliminar. Porque la historia es tan de mi gusto, tal como Dios la ha hecho, que consideraria como sacrilegio el ponerle galas de literatura.

Suprimo, pues, el inabordable cuadro del otoño, pero conviene decir dónde pasa la escena.

Representaos un vasto jardin delante de una rica casa de campo, á orillas del agua; uno de esos asilos que parece proclaman que la felicidad los habita. Y como si conviniese que el ojo del extranjero no pudiese equivocarse, vese cerca de las murallas una pequeña cúpula con una cruz; de suerte que esta casa se anuncia como cristiana, y no es temeridad suponer en ella la felicidad, pues que puede suponerse la virtud.

—¿Dejarás, pues, tu historia? preguntó Silvestre.

—¿Por qué razon? dijo Eduardo.

—Creo en la virtud, continuó el pintor, y la imagino en todas sus formas; pero no puedo avenirme con su nombre en el sentido que Luis acaba de darle. Sabeis que hay palabras que no me gustan: no me place la indicada cuando se la aplica á gentes honradas como nosotros. La encuentro jansenista, filosófica, ginebrina, todo lo que querais; por fin, no me gusta. Me viene esto de una torcedura de mano que tuve el año pasado. No pudiendo dibujar, me puse á leer. Estaba en casa de un notario convertido en rata del campo, cuya absurda biblioteca lo mas ameno y mas cristiano que contenia era Rousseau. Leí, pues, á Rousseau.

—¿Y bien? dijo Andrés.

—Y bien, replicó Silvestre, veréis por qué me disgusté de la virtud. . . . Hablo de la palabra. ¿No habeis reparado como ese Suizo la usa para todas las salsas? A fé mia, desde entónces la virtud me hace el efecto de un Natoire ó de un Fragonard. Veo siempre la virtuosa Saint-Preux, la virtuosa Julia, el virtuoso Wolmar, la virtuosa

sa Levasseur, ó tambien el virtuoso vicario saboyano. ¡Uf! estoy mareado. Aquella perra de virtud, *ostentativa y marcial*, dice Montaigne. Detente, Luis, no sea que en obsequio á mi amistad, en lugar de *virtud* pongas *piEDAD*, á fin de que nadie piense que se trata de la honestidad de los filósofos.

—Bien está, dijo Luis, y este es por otra parte el carácter propio de los habitantes de la referida casa. El edificio, muy antiguo, no carece de estilo, aunque en algunas partes retocado. Pared delatera que remata en punta, techos agudos, ventanas labradas, escalinata, azotea y balaustrés. A la derecha, el rio bastante imponente, y colinas; á la izquierda, bosque; detrás, grandes huertas; mas allá, otras colinas verdes, otros bosques, islas, campanarios y algunos mansos; una de aquellas hermosas arboledas que tan bien se forman en los grandes cursos de agua. El rio andaba á través de este encantador y rico país. En el horizonte, al terminar el valle, cuya extension es de una legua, asoma una bonita poblacion, los piés en el agua, y la cabeza al aire, coronada con su palacio señorial, antiguo nido de buitres, ahora poblado de gorriones, pero que tiene apariencia todavía. Cuando sale el sol, las fachadas blancas de la poblacion reciben sus primeros rayos, y reflejan vivamente en la verdura de las colinas y en el azul del cielo. En otoño, el rio forma una niebla, entre la cual parecen flotar las casas mas altas, despejadas únicamente en su remate. A la puesta del sol el espectáculo es grandioso: árboles, casas, colinas, todo se destaca en el aire sobre un fondo de fuego.

Ahora bien, la casa que presenta este golpe de vista, bien provista de cortejos á derecha é izquierda, por delante y por detrás de viñas, y bosques á los lados, aquí de praderas, allí de tierras de pan llevar y otras buenas, tiene de renta en un año comun, sin atropellar al arrendatario, cuarenta mil libras; pero no es esto lo que tiene de mas precioso.

Un jóven de veinte y cinco años, bien formado, de aire modesto, se hallaba de pié frente á la ventana de uno de los aposentos que miran al jardin. Un viejo tomo infolio abierto sobre la mesa, al lado de la lámpara aún encendida, sin duda le habia hecho olvidar el dia. Contemplaba el delicioso espacio que acabo de indicar, cuando cautivó su atencion otro objeto. Abrese la pequeña puerta del jardin, y ve entrar una mujer cubierta con un ropón de seda. A pesar del traje, poco le costó reconocerla; era la hija de la casa, la heredera de aquella magnífica posesion, y para darle un título que sonaba mejor en el corazon de nuestro jóven, era su desposada.

Tenia diez y ocho años. Haré su retrato tomándolo de los cuentos de hadas: era "bella como el dia." No os figureis una estatua griega, ni una Circe parisiense. Su belleza era un resplandor de candor, una gracia ingénuo. Ved lo que quiere decir "bella como el dia." Por lo demás, brillaba con el esplendor de una sagre pura. Era una encantadora y vigorosa flor de tallo patriarcal. Podíase examinar su fortuna, sin encontrar una injusticia; su linaje, sin descubrir una felonía. Se llamaba Clara.

Fabio, el jóven con quien habia de casarse,